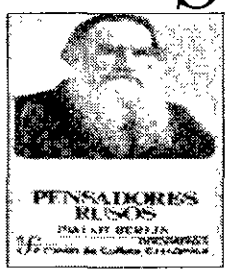
La compleja visión de Isaiah Berlin

Ahonda en las preguntas fundamentales que condicionan la conducta moral del hombre

AILEEN KELLY

No busques soluciones en este libro: no hay ninguna. El hombre moderno carece por lo general de ellas.
Alexander Herzen: Introducción a *Desde la otra orilla*



ENSAYO

Pensadores rusos

Isaiah Berlin
Fondo de Cultura Económica. 557 páginas. 1640 pesetas.

SU originalidad como pensador radica en una combinación de liberalismo inglés y un estusiasmo enteramente europeo por las ideas y sus efectos sobre la práctica política. Sus textos expresan la convicción de que los valores liberales se comprenden y defienden mejor si se trata de entender el papel de las ideas convertidas en acciones y, en particular, la atracción moral e intelectual que ejercieron las que Berlin llama "grandes visiones despóticas", tanto de la izquierda como de la derecha.

(...) La preocupación central de Berlín ha sido ahondar en las preguntas fundamentales que condicionan para él la conducta moral del hombre: ¿Son todos los valores compatibles, sin distinción alguna? ¿Habrá una respuesta definitiva al problema de cómo vivir, o un solo objetivo humano ideal y universal? Dentro de la gran variedad de sus estudios, Berlin ha examinado las raíces históricas y psicológicas que determinan las visiones monistas y pluralistas del mundo. Considera que las grandes estructuras totalitarias edificadas sobre cimientos hegelianos y marxistas no son engendros terribles, sino consecuencias lógicas de una idea central en el pensamiento de Occidente: que hay una unidad fundamental en todo fenómeno, una unidad derivada de un propósito universal. Algunos monistas consideran que ese propósito único puede llegar a descubrirse mediante la investigación científica, la religión o la metafísica y que una vez descubierto, dará al hombre la respuesta definitiva acerca de cómo vivir.

A pesar de que las formas extremas de esta fe revisten una visión deshumanizada del hombre como instrumento de fuerzas históricas abstractas y han conducido a las perversiones más criminales en la práctica política, Berlin subraya que la fe en sí misma no puede descartarse como si fuese sólo un producto de mentes enfermas, ya que es la base de toda una tradición moral y está enraizada en "una profunda e incurable necesidad metafísica", surgida de la sensación de ruptura interior que tiene el hombre y de la necesidad de recuperar la totalidad perdida. Este anhelo de absoluto expresa, frecuentemente, el apremio del hombre por soslayar la responsabilidad de regir su propio destino y transferirla a un todo vasto, monolítico e impersonal: "Naturaleza, historia, clase, raza, las 'duras realidades de nuestro tiempo', o la evolución irresistible de la estructura social que nos absorberá e integrará en su tejido neutro, ilimitado e indiferente que está al margen de cualquier evaluación o crítica y en contra del cual luchamos hasta nuestra absoluta destrucción."

El hecho de que el pluralismo sea un fenómeno raro se debe, piensa Berlin, a que las visiones monistas de la realidad satisfacen necesidades humanas fundamentales. El pluralismo no debe confundirse con el significado que se le ha querido atribuir desde una postura liberal, a saber: que todas las posiciones extremas deforman los verdaderos valores, y que la clave de la armonía social y moral se halla en la moderación y el justo medio. El pluralismo concebido por Berlin es una concepción mucho más vigorosa y audaz intelectualmente: rechaza, en definitiva, todo criterio que sostenga la posible solución, a través de una síntesis, de todo conflicto de valores y niega que todos los fines deseables puedan ser reconciliados. La naturaleza humana genera una diversidad de valores, sagrados y fundamentales que, sin embargo, se excluyen unos a otros sin que exista posibilidad de establecer una relación jerárquica objetiva entre ellos. En suma, la conducta moral supone la difícil alternativa de elegir entre valores incompatibles, aunque igualmente deseables, sin la ayuda de un criterio universal.

La conducta moral supone la difícil alternativa de elegir entre valores incompatibles

Esta constante incertidumbre moral es, para Berlin, el precio que debe pagar el hombre por reconocer la naturaleza verdadera de su libertad: el derecho de cada individuo a decidir su propio destino frente a la dirección del Estado, la Iglesia o el Partido.

De la introducción al libro 'Pensadores rusos'

SOLITARIO Einstein evitaba toda intimidad. Como otros físicos relacionados con la bomba atómica, en sus últimos años se sintió oprimido.

Impresiones personales

Retrato de Einstein, sabio "incorrupto ante la adulación"

Por ISAIAH BERLIN

ENSAYO

Impresiones personales

Isaiah Berlin. Fondo de Cultura. Económica. 395 páginas. 1.040 pesetas.

EINSTEIN fue un hombre inocente y a veces, pienso yo, fue engañado por insensatos y canallas. Pero la inocencia tiene sus propios modos de percepción: a veces, ve con sus propios ojos, no a través de las gafas aportadas por la sabiduría convencional o por algún dogma nunca criticado. La misma independencia que le hizo rechazar los conceptos aceptados del espacio-tiempo físico y plantear audazmente la hipótesis de las ondas gravitacionales y los *quanta* de luz contra la resistencia de físicos y filósofos, también le liberó en lo moral y lo político.

Por consiguiente, este hombre que buscaba la intimidad, que logró sostenerse totalmente incorrupto ante la adulación y la fama sin paralelo en los cinco continentes, que creyó en la salvación por el trabajo y más trabajo para revelar los secretos de la naturaleza —secretos milagrosamente reductibles al análisis y las soluciones de la razón humana—, este hombre apacible, tímido y modesto incurrió en la ira de muchos grupos establecidos: los nacionalistas alemanes, los franceses germanófobos, los pacifistas radicales, los asimilacionistas judíos, los rabinos ortodoxos, los marxistas soviéticos, así como los defensores de los valores morales absolutos en los cuales, en realidad, creía firmemente.

(...) sintió que Spinoza era un espíritu afín al suyo. Como Spinoza, concibió a Dios como la razón encarnada en la naturaleza, en un sentido literal, como la armonía divina, *Deus sive Natura*; y una vez más como Spinoza, no mostró ninguna amargura hacia sus detractores, ni entró en componendas con ellos: permaneció sereno y razonable, humano, tolerante, lejos de todo dogmatismo. No trató de dominar ni exigió a sus partidarios una fidelidad ciega. Apoyaba todo movimiento —digamos la Sociedad de las Naciones, o los grupos izquierdistas de los Estados Unidos— si pensaba que, en general, hacían bien, o al menos, mas bien que mal.

Lo mismo puede decirse de la Palestina judía. Einstein odiaba a los chauvinistas; criticó, a veces hasta un grado irrealista, la actitud de la jefatura sionista hacia los árabes, pero esto no le hizo retroceder ocasionalmente, como a otros; denunció al gobierno de Eisenhower por tratar de complacer a los estados árabes a expensas de Israel, política que atribuyó al imperialismo yanqui. Criticó algunas medidas políticas de la Universidad Hebrea: por ejemplo, pensó que, entre los refugiados académicos de la Europa fascista, debía ofrecerse puestos a algunos estudiosos jóvenes, no a los viejos y famosos. Pero sus lealtades permanecieron intactas. No estuvo dispuesto a abandonar al movimiento sionista por las deficiencias de algunos de sus jefes. Su sionismo estuvo arraigado en la creencia de que las necesidades humanas básicas crean el derecho de satisfacerlas: los hombres tienen un derecho inalienable a liberarse del hambre, la desnudez, la inseguridad, la injusticia y la falta de todo hogar.

A veces, el propio Einstein careció de hogar. En una carta a su amigo Max Born escribió que no tenía raíces, que en todas partes era un extrajero. Según su confesión propia, era un hombre solitario que instintivamente evitaba toda intimidad. Era un pensador solitario, no fácil de conocer como ser humano. Su profunda humanidad y simpatía hacia las víctimas de la opresión política, la discriminación social, la explotación económica fueron centrales en su visión, y no necesitan explicación alguna; en parte, acaso, fueron una compensación de su dificultad para formar relaciones personales íntimas.

Como muchos físicos relacionados de alguna manera con la producción de la bomba atómica, en sus últimos años se sintió oprimido por el sentido de responsabilidad del hombre de ciencia al introducir un terrible medio nuevo de destrucción en el mundo; y condenó su uso por su país adoptivo, que le pareció proclive a un peligroso curso imperialista. Su odio a la crueldad y la barbarie de los reaccionarios y fascistas le llevó, a veces, a creer que no había enemigos a la izquierda, un engaño de muchas personas decentes y generosas, algunas de las cuales lo pagaron con su vida.

Creyó que no había enemigos en la izquierda, un engaño de muchas personas decentes

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Diario 16 Castilla-La Mancha. 21/12/1997.